

Nota de la editora para el lector



AS CIRCUNSTANCIAS QUE RODEAN
El tesoro son extrañas, misteriosas in-
cluso.

Todo comenzó en 2007, cuando compré una vieja granja en Dorset, Vermont (EE.UU.), parte de la herencia del profesor Orlando Roberts, un famoso profesor de Filología Clásica en la cercana Universidad de Bennington. Este profesor, soltero, había vivido solo en la casa durante alrededor de cincuenta años. Cuando firmé el contrato de compraventa supe que no tenía herederos y que había estipulado que todo lo que contenía la

casa pasara a ser propiedad de la persona que la compra.

Para ser sincera, la verdad es que no tenía ni idea de dónde me estaba metiendo. En el lenguaje eufemístico de las inmobiliarias, la propiedad «necesitaba reformas». Pero la pura verdad es que era una ruina. Además de todos los grifos que goteaban y las puertas que chirriaban, la casa era un verdadero almacén de archivos, baúles, libros y carpetas desperdigados por casi todas las habitaciones. Separar el grano de la paja en el estudio me iba a llevar varios días.

Lo encontré en el estudio. Envuelto en vitela, el libro tenía la imagen de un pastor grabada en la tapa. Descubrí que el texto estaba escrito en una mezcla inusual de inglés antiguo y holandés. Entre las páginas había un papel con el membrete personal del profesor Roberts en el que había escrito: «Adquirido en la librería Old Barn Bookshop, carretera 7. Encargar traducción».

El Tesoro

La nota estaba fechada el 25 de diciembre del 2007, casualmente una dolorosa fecha navideña para todos los que habitaban en el enclave histórico de Dorset, porque fue el día en que un vecino con larga historia , el viejo Orly murió en su escritorio, derrumbándose poéticamente sobre un montón de tarjetas de felicitación, justo delante de la chimenea. El corazón del viejo Orly, famoso por su bondad y generosidad, había dejado de latir sin más.

No es necesario decir que me quedé asombrada y perpleja... y también poseída por una extraña obligación de hacer lo que el profesor Roberts había pretendido. Busqué expertos en traducción de varias de las mejores universidades y pasé un año preparando esta obra para su publicación.

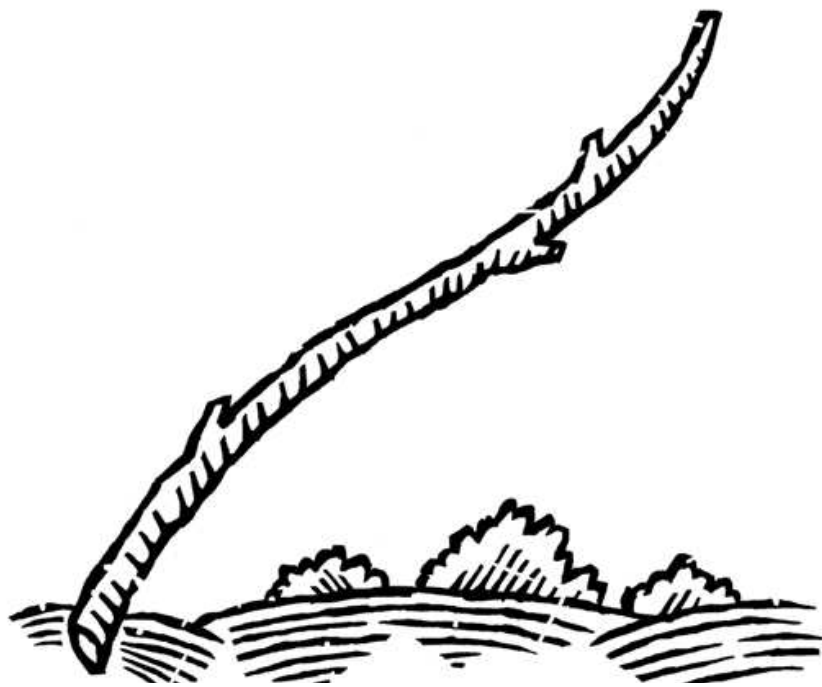
¿Mereció la pena ese tiempo? Que el lector lo decida.

JOANN DAVIS

Dorset, Vermont, 2008

El tesoro

La ley debe cumplirse





ERA UN NIÑO PEQUEÑO, CON EL CORAZÓN tan tierno y tan inocente como un corderito. Era un niño bueno, que rezaba sus oraciones y respetaba a sus mayores. Pero ese día era un niño asustado que estaba a punto de sentir el ardiente latigazo de una vara.

—Por favor, padre —rogó el niño—, ten piedad de mí.

Pero el hombre estaba furioso. Le había pedido al niño que se levantara al alba para abastecer su puesto del mercado con fruta y verdura fresca. Y el niño

estaba ansioso por cumplir con los deseos de su padre, pero se quedó dormido. Ahora el mercado estaba lleno a rebosar de clientes, pero ellos no tenían nada que vender.

—¿Ni aceitunas ni higos? —preguntó una mujer con los ojos como platos y una cesta al hombro—. ¿Ni pasas ni miel? Pero ¿qué engaño es éste?

El tendero intentó apaciguar a la mujer diciéndole que volviera más tarde, que así encontraría las mejores delicias a precios más bajos. Pero cuando la vio vaciar su monedero en otro puesto, el tendero explotó.

—¡Eres un niño perezoso! —gritó cogiendo a su hijo por la garganta y estrangulándolo—. Me quitas el pan de la boca. Te voy a enseñar una lección que no vas a olvidar nunca.

Cuando el calor del sol se fue intensificando, el mercado hervía de vida. Los tejedores hacían trueques con sus clientes, los alfareros giraban sus tornos

El Tesoro

y las amigas caminaban del brazo por los corredores del mercado, riendo y charlando.

Pero no había alegría para ese tendero, sólo rabia ciega, así que cogió el palo que tenía en la parte de atrás del carro y que normalmente reservaba para el burro cuando no quería caminar.

—Eres un niño estúpido —gritó mientras se preparaba para golpearlo—. Debes obedecerme.

Como una tormenta en el mar que cogiera fuerza, la ira del hombre se hizo incontrolable. La emprendió a golpes con el chico hasta que lo tiró al suelo, apaleándolo y magullándolo. El niño rodó sobre sí mismo intentando escapar del palo, pero éste no dejaba de morderle la carne en un aluvión incesante de golpes.

La zurra hizo despertar al mercado, aún algo somnoliento, como el canto inesperado de un gallo. El público, algo aletargado, se espabiló inmediatamente y muchos empezaron a arremolinarse alre-

dedor del puesto donde el padre estaba dando a su hijo una paliza. Algunos jaleaban: «¡Dale bien a ese niño! ¡Que pague por lo que ha hecho!».

De todas las personas allí congregadas solamente a una parecía importarle el niño.

Un pastor que estaba abrevando sus ovejas en el pozo del mercado se apresuró hacia donde se desarrollaba la escena al oír lo que parecía un niño llorando, dejando incluso a sus animales solos en el abrevadero, para acercarse y ayudar.

Pero al intentar aproximarse, el pastor se vio atrapado en la multitud, ralentizado por los escandalosos espectadores, que proferían burlas o abucheos y los simples curiosos. Mientras se abría paso a codazos a través de la aglomeración de cuerpos sudorosos, oyó que un anciano citaba la ley que se aplicaba a las infracciones filiales: «Hay que castigar al hijo que desobedece a su padre».

Cuando el pastor al fin consiguió atravesar la mu-

chedumbre, presenció lo que no se había querido ni imaginar. El niño estaba en el suelo debajo del tendero, que no había aplacado su furia y no dejaba de golpearlo, mientras la embravecida multitud seguía dejando patente su deseo de sangre.

—¡Sigue dándole! —gritó alguien—. ¡Dale una buena paliza!

El niño hacía gestos de dolor y se retorció intentando zafarse, pero no había escapatoria de esa cruel vara. El palo cruzaba el aire una y otra vez para azotarlo, mordiendo sin cesar la tierna carne del niño igual que las zarzas llenas de espinas se clavan profundamente en la carne de los corderos que vagabundean por el páramo.

El primer impulso del pastor fue detener toda esa locura, lanzarse hacia delante para proteger al niño. Quería arrancar el palo de la mano del tendero y detener inmediatamente esa crueldad. Pero dudó, preguntándose a sí mismo qué pintaba él en aquel

asunto. ¿No era cierto que la ley permitía tomar esas medidas tan duras? ¿Qué dirían los ancianos?

Todos esos pensamientos cruzaron su cabeza como brillantes relámpagos en medio de un tórrido cielo de verano.

Pero el pastor salió de su estupor cuando oyó decir al niño: «¡Piedad, padre!». Un grito desesperado que atravesó a la vez el aire y el corazón del pastor. Entonces lo supo.

«Nadie tiene derecho a provocarle tal sufrimiento a ese niño.»

«Ninguna ley debería permitir que se le infligiera ese dolor.»

Y armándose de valor, el pastor salió de entre la multitud para ir en ayuda del niño.

Pero ya era demasiado tarde. Sin previo aviso el tendero dejó a un lado el palo. Simplemente se había cansado de golpear al niño. Exhausto y acalorado, se limitó a soltar la vara y alejarse en busca de un vaso de agua.

El Tesoro

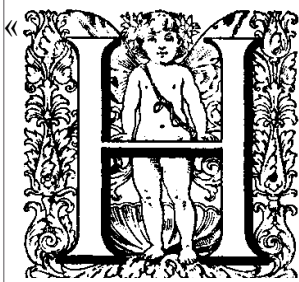
La muchedumbre, decepcionada porque se había acabado la acción, se fue dispersando lentamente. El pastor se acercó para ayudar al niño, que seguía en el suelo. Mordiéndose el labio para aguantar las lágrimas, el niño intentó mostrarse fuerte como le había enseñado su padre. Se recompuso con dignidad, se puso en pie y aceptó un sorbo de agua del pellejo que llevaba el pastor antes de dejar que el buen hombre le curara los cortes y los verdugones. Ninguno de los dos habló mucho, pero ambos compartieron grandes cosas antes de que el niño siguiera su camino.

Esa noche, cuando el tendero partió el pan, su hermano le preguntó qué tal había sido el día.

—Nada especial —fue la respuesta del hombre—. No ha sido diferente de cualquier otro.

Una voz suave y queda





AY QUE LAPIDAR AL CONSTRUCTOR
que edifica una casa que se cae so-
bre sus ocupantes.»

«Hay que cortarle las manos al
ladrón que le roba a otro ganado, grano o ropa.»

«Hay que azotar al niño que desafía a sus mayores.»

«Ésa es la ley y la ley debe cumplirse.»

Durante generaciones la gente se había goberna-
do según esas férreas reglas. Nadie se había cuestio-
nado si era correcto humillar a un niño o ejecutar a
un asesino. El ojo por ojo era la norma por la que se
regía el mundo.

¿Es que había alguna otra?, se preguntó el pastor. Tumbado en un campo, bajo un manto de brillantes estrellas, hizo balance del día. Lo había comenzado en una ciudad cercana, en la que un granjero había sido lapidado por haber vendido una vaca enferma. Cada vez que una roca golpeaba al hombre, la sanguinaria multitud soltaba un grito de entusiasmo.

Ya más avanzada la mañana había estado en un pueblo en el que dos familias estaban enemistadas por una jarra de agua agrietada. El alfarero que había vendido la jarra rota afirmaba que había cometido un error sin mala fe. Pero lo ataron a un poste y le dieron cuarenta latigazos mientras los espectadores lo abucheaban y le escupían.

Finalmente el pastor había ayudado a un niño después de que su padre le propinara una brutal paliza. Todo eso se había hecho cumpliendo estrictamente la ley. Pero era suficiente para que una persona temerosa de Dios se preguntara dónde se

El Tesoro

había metido Dios ese día. ¿Por qué no había enviado a alguien para ayudar a ese niño?

El pastor cerró los ojos y ya se estaba dejando llevar por el sueño cuando le pareció oír una voz suave y queda que le susurraba al oído: «Sí que envié ayuda; te envié a ti».